CÓDIGO CERO: LA ÚLTIMA ESPERANZA

CAPÍTULO 1

EL JARDÍN PERDIDO

El microscopio zumbaba con un sonido mecánico que Elara había aprendido a encontrar reconfortante, como el ronroneo de un gato enfermo. Sus ojos ardían después de seis horas analizando la misma muestra de suelo, pero no podía detenerse. No cuando cada partícula de tierra contaba una historia de muerte.

La pantalla digital mostraba los resultados que ya conocía de memoria: niveles de toxicidad superiores al límite legal, rastros de herbicidas prohibidos, y algo más siniestro. Las bacterias beneficiosas habían desaparecido por completo. Era como observar un cementerio microscópico.

—Malditos sean —murmuró, apartándose del equipo y frotándose los ojos.

El laboratorio clandestino se extendía en el sótano de una panadería abandonada en las afueras de Medellín, sus paredes húmedas decoradas con estantes repletos de frascos etiquetados a mano y equipos de segunda generación que había conseguido en el mercado negro. No era el Instituto de Biotecnología de Harvard donde había soñado trabajar, pero era suyo. Y en un mundo donde BioSyn controlaba cada

universidad, cada centro de investigación, cada publicación científica, la libertad tenía un precio que se pagaba en comodidades.

El teléfono vibró contra la mesa metálica. Mensaje de texto: "Manifestación en el centro. Tres muertos. Los militares usan gases. No salgas. -M"

Elara cerró los ojos. Tres muertos más. La semana pasada habían sido cinco. El mes anterior, dieciocho. Todo porque las familias no podían permitirse las semillas de BioSyn para la siguiente temporada, y las que habían guardado del año anterior no germinaban. Nunca germinaban. Era el diseño perfecto: dependencia absoluta disfrazada de progreso científico.

Se dirigió al rincón más alejado del laboratorio, donde guardaba sus tesoros más preciados. Con cuidado reverencial, abrió un baúl de madera que había pertenecido a su abuela. El aroma a lavanda y tiempo perdido se elevó como un fantasma familiar. Sus dedos rozaron el diario forrado en cuero gastado, las páginas amarillentas llenas de la caligrafía elegante de la abuela Esperanza.

"La Tierra tiene memoria, mijita. Antes de que ellos llegaran con sus promesas de abundancia, nosotros teníamos todo lo que necesitábamos. Las semillas eran libres como el viento, y los frutos crecían sin dueño."

Elara había leído esas palabras mil veces, pero esta noche algo diferente captó su atención. En la esquina de la página, con tinta más clara, casi invisible, había números. Coordenadas.

Su corazón se aceleró.

3°S 60°O

"El jardín que nunca murió espera a quien sepa ver más allá del velo."

Las manos de Elara temblaron mientras buscaba su laptop. Las coordenadas apuntaban al Amazonas, a una región que oficialmente no existía en los mapas de BioSyn. Una zona declarada "improductiva" y "sin valor comercial" por el Consorcio Global de Agricultura.

Pero Elara conocía la historia. Había escuchado los susurros en las comunidades rurales, las leyendas urbanas que se contaban en voz baja: el Edén Verde, un banco de semillas nativas que los antiguos protectores habían escondido antes de la Gran Consolidación de 2019. Un tesoro genético que podría romper el monopolio de BioSyn y devolver la soberanía alimentaria al mundo.

El problema era que oficialmente, el Edén Verde no existía. Era un mito. Una fantasía desesperada de quienes se negaban a aceptar el nuevo orden.

Elara cerró el diario y se dirigió a la pequeña nevera donde guardaba sus cultivos experimentales. En el estante superior, protegida por tres capas de sellado al vacío, reposaba una semilla que había encontrado en el mercado de pulgas de Bogotá. El vendedor, un anciano de ojos nebulosos, le había asegurado que provenía de "antes de los tiempos oscuros". Elara había pagado el equivalente a dos meses de comida por ella.

La semilla era diferente a todo lo que había visto. Su textura era rugosa, casi mineral, y tenía un color que cambiaba según el ángulo de la luz. Cuando la había analizado, los

resultados habían sido imposibles: contenía secuencias genéticas que no aparecían en ninguna base de datos, características que sugerían una resistencia natural a pesticidas que aún no se habían inventado.

Como si hubiera evolucionado sabiendo lo que vendría.

Su teléfono volvió a vibrar. Esta vez no era un mensaje de texto, sino una notificación de las noticias internacionales. El titular la golpeó como un puñetazo:

"BioSyn anuncia récord de ganancias trimestrales mientras la hambruna se extiende por África Oriental"

Debajo, en letra más pequeña: "El CEO Marcus Vollen declara: 'La crisis alimentaria es temporal. Nuestras soluciones biotecnológicas garantizarán un futuro próspero para todos.'"

Elara conocía esa cara. Marcus Vollen, con su sonrisa de tiburón y sus trajes de diez mil dólares, aparecía en cada canal, en cada revista, predicando su evangelio de "agricultura inteligente" mientras millones morían de hambre porque no podían pagar sus semillas.

La rabia la atravesó como una corriente eléctrica.

Se dirigió a su escritorio y abrió un archivo encriptado en su computadora. Durante meses había recopilado evidencia: informes filtrados sobre la esterilización deliberada de semillas, documentos que probaban la contaminación intencional de suelos para

eliminar variedades nativas, testimonios de científicos que habían intentado denunciar las prácticas de BioSyn y habían "desaparecido" en accidentes convenientes.

Pero nunca había tenido la pieza central. La prueba definitiva de que existía una alternativa.

Hasta ahora.

Las coordenadas del diario de su abuela brillaban en la pantalla como una promesa. Si el Edén Verde existía realmente, si había un repositorio de semillas nativas que pudiera propagarse libremente, el monopolio de BioSyn se desmoronaría. La humanidad podría ser libre otra vez.

El sonido de sirenas atravesó la noche, acercándose. Elara cerró rápidamente todos los archivos y guardó el diario en su mochila de emergencia. Había aprendido a estar siempre lista para huir.

Pero esta vez no huiría.

Esta vez iría hacia adelante.

Mientras las sirenas se alejaban, Elara comenzó a planear su viaje al corazón de la selva amazónica. No sabía lo que encontraría allí, pero sabía que no podía quedarse inmóvil mientras el mundo se moría de hambre artificial.

En algún lugar de esa selva esperaba la clave para liberar a la humanidad.

Y ella la encontraría.

O moriría en el intento.

La semilla rugosa pareció brillar bajo la luz fluorescente, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida. Como si supiera que su tiempo finalmente había llegado.

Elara la guardó junto al diario, apagó las luces del laboratorio, y se preparó para cambiar el mundo.

En las sombras de Medellín, nadie notó cuando la joven botánica desapareció en la noche, llevando consigo la esperanza de un planeta hambriento y la llave de una revolución que sacudiría los cimientos del poder corporativo.

El juego había comenzado.

Y BioSyn aún no sabía que tenía una enemiga.